

## LA U. R. S. S. ANTE EL PLAN MARSHALL

### *Notas al margen de un aniversario*

El día 5 de junio de 1947, el general Marshall, secretario de Estado, pronunciaba un importante discurso ante los estudiantes de la Universidad de Harvard y decía entre otras cosas: "Es lógico que los Estados Unidos hagan todo lo posible para ayudar al mundo a volver a encontrar la salud económica normal sin la cual no puede haber ni estabilidad política, ni paz segura. Nuestra acción no está dirigida en contra de ningún país, ni en contra de ninguna doctrina, pero sí en contra del hambre, de la pobreza, de la desesperación y del caos. Sus fines han de ser el renacimiento de una economía sana en el mundo, que permita el establecimiento de condiciones políticas y sociales propicias para las instituciones libres... Todo gobierno dispuesto a ayudarnos en esta tarea de mejoramiento encontrará a los dirigentes de los Estados Unidos plenamente dispuestos a colaborar con él. Todo gobierno dispuesto a maniobrar para paralizar el renacimiento de otros países, no podrá esperar ninguna ayuda de nosotros. Más todavía, los gobiernos, los partidos, o los grupos políticos que tratarán de prolongar la miseria humana para sacar de ella algún provecho, chocarán con la oposición de los Estados Unidos."

Este discurso, que fué la base ideológica del "Plan Marshall", completaba el pensamiento del presidente Truman, el cual, en un discurso pronunciado el 12 de marzo de 1947, pedía al Congreso créditos en valor de 400 millones de dólares destinados a la ayuda de Grecia y Turquía, países directamente amenazados por la U. R. S. S. Este discurso trazó por primera vez las líneas rectoras de la que fué llamada después "la doctrina Truman", y cuya máxima aplicación política y militar fué la guerra de Corea. "Creo —decía el presidente Truman— que la política de los Estados Unidos debe ser la del apoyo de los pueblos libres que resisten a las tentativas de esclavización, sean ellas ejercidas por unas minorías armadas, sea por presiones desde el exterior.

Creo que tenemos que ayudar a los pueblos libres a forjarse su destino por sus propias manos. Creo que nuestra ayuda debe de consistir sobre todo en un apoyo económico y financiero, indispensable para la estabilidad económica y para una vida política coherente.”

Para darse cuenta de la importancia de estos discursos y de las medidas que los acompañaron, hay que poner de relieve dos hechos, o mejor dicho, dos situaciones que fundamentaban el aspecto general de la postguerra. En primer término hay que recordar la herencia del espíritu rooseveltiano, espíritu que había dominado las relaciones entre los aliados durante la guerra y seguía dominándolas, en cierta medida, después de la guerra. Hasta 1947 Estados Unidos no quiso creer que la U. R. S. S. no iba a cumplir todo lo prometido por Stalin, en el espíritu de la Conferencia de Yalta, y que el comunismo no era el enemigo, sino el aliado natural de la democracia. Si Estados Unidos hubiera seguido en la línea trazada por Roosevelt, hoy día todo el mundo y hasta el mismo país de Roosevelt, se hubieran encontrado bajo el dominio del Kremlin. El segundo lugar, hay que recordar aquí la debilidad política y económica que caracterizaban a todos los países europeos después de la contienda, debilidad que permitió a los comunistas conquistar posiciones importantes en la vida política de Occidente. Europa occidental estuvo, desde 1945 hasta 1947, a merced de los comunistas y poco faltó para que el Viejo Mundo cayera bajo su dominación. Tanto la doctrina Truman, como el Plan Marshall, reaccionaron en contra de estas dos situaciones y cambiaron por completo la geografía política de Europa. Hay que reconocerlo en esta fecha en la que se cumple un decenio desde que dos demócratas, el mismo presidente de los Estados Unidos y su secretario de Estado, cambiaron la política tradicional de su país y pasaron a una ofensiva política cuyos resultados fueron el inmediato renacimiento económico de Europa occidental y la parada del avance comunista. Puede incluso afirmarse que el declinar comunista empezó en aquella fecha y que lo que hoy sucede en el interior de Rusia es el resultado directo de aquella actitud de Truman y de Marshall. Era fatal y lógico que una doctrina basada en la mentira y en la conquista no tuviese otra salida, desde el momento en que el mundo occidental logró convencerse de que el comunismo era un peligro y no una liberación, y lo limitó a las fronteras del espacio soviético.

Para mejor comprender lo que pasó entonces en el mundo, es necesario recordar lo que pasaba en Europa en la primera mitad de 1947.

Todos los países occidentales que habían participado en la guerra, salvo Estados Unidos, estaban exhaustos. Rusia también, pero el telón de acero impedía verlo. Los países ocupados por los ejércitos comunistas, a pesar de las promesas hechas por Stalin en Yalta y Teherán, se habían transformado en Estados de estructura comunista y, bajo el rótulo eufemístico de “democracias populares” se hundían poco a poco en la miseria y el terror. En el Irán, la U. R. S. S. había tentado una aventura con la esperanza de apoderarse de todo el país, pero el golpe de Azerbaidján, fomentado por los agentes de Moscú, falló, de manera que el país pudo salvarse a tiempo. La presión comunista continuó, en cambio, sobre Grecia y Turquía. En Turquía el Gobierno de Moscú trató de levantar a las poblaciones fronterizas en contra del Gobierno de Ankara, sin resultado; pero en Grecia logró desencadenar la guerra civil en el Norte del país. Apoyados por Yugoslavia, Bulgaria y Albania, los comunistas griegos estaban, en la primavera de 1947, a punto de conseguir la victoria. Fué en este grave momento, grave no sólo para Grecia, sino para todo el mundo, cuando Inglaterra comunicó al Gobierno de Washington que se encontraba en la necesidad material de abandonar a Grecia el 1 de abril de 1947. Con Grecia todo el Mediterráneo oriental iba a caer en manos de Moscú.

Huelga decir que en la Europa occidental la situación no era más brillante y que miembros activos del partido comunista ocupaban puestos importantes en los Gobiernos de Roma y París. (François Billou era ministro de la Defensa en el Gobierno francés y Thorez era vicepresidente del Consejo.) León Blum, jefe de los socialistas, escribía lo siguiente en un artículo famoso: “Descararía en particular modo que se acabase de una vez, en la otra orilla del Atlántico, con la peligrosa costumbre de designar con los mismos nombres al régimen hitleriano y al régimen soviético.” Los comunistas empezaban a pasar por democráticos. El momento era grave.

La propuesta de ayuda del general Marshall fué bien recibida, tanto en Londres como en París. Era de esperar una respuesta favorable de la U. R. S. S., puesto que el Plan Marshall no excluía ni a Rusia ni a los satélites de la ayuda que el Gobierno de Washington estaba dispuesto a repartir a todos los países europeos. Rusia se había ya beneficiado de la ayuda norteamericana, sea durante la guerra, cuando fué salvada por los envíos norteamericanos, sea después de la guerra cuando la U. N. R. R. A. regaló 166 millones de dólares. Una Conferencia se reunió

en París el 27 de junio de 1947, en la que participó también el señor Molotov. El fin de esta Conferencia fué el de discutir las necesidades de todos los países europeos y de llegar a un acuerdo sobre las cantidades que se iban a repartir a cada uno de ellos, según el principio establecido por el Plan Marshall. Grande fué la sorpresa de todos al ser informados de que la U. R. S. S. no aceptaba el Plan y lo consideraba como "una injerencia de ciertos países en los asuntos económicos interiores de otros países". Esto lo declaraba el representante de un país cuya injerencia en los asuntos interiores y económicos de otros países era conocida y que había convertido ya sus economías en unas sucursales de Moscú. El colmo es que todos los países "satélites" habían aceptado la invitación de ir a París y la opinión pública había manifestado su agrado con la esperanza de que la ayuda norteamericana iba a poner fin a la miseria que la U. R. S. S. había llevado con ella a todos los países que había conquistado. Los gobiernos satélites, como por ejemplo el de Praga, comunicaron su decisión unánime de aceptar dicha ayuda. El día 8 de julio el Gobierno checoslovaco hizo saber a París su deseo de ser aceptado como futuro beneficiario del Plan Marshall. Pero las cosas cambiaron en pocas horas y la situación tomó un aspecto inesperado.

El día 9 de julio tres miembros del Gobierno checo: Massaryk, Gottwald y Drtina, tomaban el avión rumbo a Moscú. Gottwald, el único comunista de la delegación fué recibido en seguida por Stalin y asistió a una de aquellas terribles escenas, conocidas por todos aquellos que han tenido que hacer con Hitler o con Stalin. El dictador gritó y arrancó a Gottwald la promesa de que su país no iba a aceptar ninguna ayuda norteamericana. Al día siguiente Stalin comunicó su deseo, con menos gritos, a toda la delegación. Dijo Stalin que al aceptar Checoslovaquia la ayuda del Plan Marshall ponía en peligro su alianza con la U. R. S. S. y se transformaba en un instrumento en contra de la patria del socialismo. Los checos tuvieron que rendirse. Un telegrama desde Moscú invitó a los ministros que se habían quedado en Praga a reunirse otra vez y a tomar una decisión "por unanimidad", en el sentido indicado por Stalin. Al día siguiente el Gobierno checoslovaco comunicaba a París su decisión de no aceptar la ayuda del Plan Marshall. La sorpresa fué grande para todos.

Lo mismo pasó con Polonia, pero de manera más cómica. El Gobierno polaco no se había reunido todavía para discutir sobre el tema, cuando, el 8 de julio, la radio de Moscú anunció al mundo el rechazo por parte de Polonia del Plan Marshall. *El comunicado del Gobierno polaco fué pu-*

*blicado sólo el día 10 de julio.* Pero Moscú sabía de antemano que la decisión del presidente Cyrankiewicz no podía ser diferente de lo que contenía el comunicado de Radio Moscú.

Tito rechazó también la ayuda norteamericana para aceptarla un año después, en el momento en que rompía con Moscú. Los Gobiernos de Rumanía, Hungría, Bulgaria y Albania formulaban la misma negativa en frases más o menos parecidas. Entonces se podía hablar de *monolitismo*.

Es evidente que los partidos comunistas occidentales tomaron posición violenta en contra del Plan. En el poder o en la oposición todos los partidos comunistas atacaron el Plan Marshall, al que consideraron oficialmente como una injerencia norteamericana en los asuntos internos de los países que aceptaban el Plan, y al que combatieron realmente como a la primera medida occidental en contra del avance comunista. El Kominform fué creado aparentemente en contra de Tito, pero no fué más que un arma en contra de la política norteamericana. Lo "doctrina" comunista a este respecto fué formulada por Thorez: "A medida en que nos alejamos del fin de la guerra más netamente aparecen las dos principales direcciones de la política internacional de la postguerra, correspondientes a la colocación, en dos campos principales, de las fuerzas políticas que operan en el área internacional: el campo imperialista y antidemocrático, por un lado, y, por el otro, el campo antiimperialista y democrático." El campo "democrático" era la U. R. S. S. y sus satélites, y el imperialista era el de Estados Unidos y de sus aliados. Desde entonces la política soviética fué conducida de manera que Estados Unidos represente el papel del mal y la U. R. S. S. el del bien, como si Stalin se hubiese pasado al maniqueísmo. Esta actitud separó el mundo en dos campos, como decía Thorez, y ensanchó las diferencias que había entre el espacio soviético y el resto del mundo.

Huelgas generales empezaron en toda Europa, en Francia e Italia sobre todo, y la C. G. T. apareció de repente como un arma en manos comunistas. Desde el 12 de noviembre hasta el 10 de diciembre fué combatida en Francia lo que se llamó "la batalla de las huelgas" y los comunistas la perdieron. Al desencadenar esta batalla, los comunistas esperaban asustar a los norteamericanos y decidirlos a desistir de sus planes y provocar el caos en Europa. El resultado fué contrario a las previsiones. El Gobierno norteamericano no se dejó impresionar y entregó a los países europeos las ayudas prometidas, mientras los comunis-

tas empezaron a perder prestigio y partidarios en los grandes conjuntos industriales occidentales. El "no" de Stalin tuvo consecuencias graves para Rusia y los satélites. Sin la ayuda norteamericana la economía de todo el espacio soviético precipitó rápidamente hacia el caos en el que hoy se encuentra, mientras la violenta y brutal separación política, consecuencia del "no" de Stalin, puso de relieve la voluntad rusa de segregarse a sus satélites y transformarlos en esclavos. Europa fué escindida en dos por Stalin, pero la ventaja no fué de los rusos. Poco a poco Europa occidental recuperó sus fuerzas debido, en gran parte, a las ayudas del Plan Marshall y hoy su prosperidad es evidente, mientras, sin esta ayuda, los países mal llamados "satélites" no hicieron más que ahondar la miseria que les habían regalado los Tratados de paz con Rusia.

Hay otra idea en el Plan Marshall que decidió a Stalin a rechazarlo: es la idea de la unidad europea. Esta idea es implícita al Plan y, si no tiene una clara formulación ideológica, se desprende fácilmente de las intenciones, digamos técnicas, que lo caracterizan. Se trataba, en 1947, de crear una economía "europea" estable y de formular las necesidades propias de cada país según este enfoque europeo de las cosas que el Plan suponía. La aceptación del Plan Marshall por los países occidentales realizó la base material necesaria, sobre la que empezó a erigirse el edificio de la nueva Europa, cuyas posibilidades de unión son mucho más fuertes en 1957 que en 1947. En sólo diez años se llegó a pensar en Europa, lo que era imposible al terminar de la segunda guerra. Los comunistas se dieron cuenta del peligro y vieron en el Plan Marshall lo que ellos más temían: un arma material eficaz en manos de todos aquellos espíritus que sentían la necesidad de la unificación continental, unificación que significaría el fin del comunismo. En contra de esta unificación sigue luchando Kruschchev con los mismos argumentos que Stalin.

JUAN DACIO